

“ELOGIO DE LA CIUDAD. LA CIUDAD Y EL ARQUITECTO”

Autor, Alberto Peñín

Resumen del discurso de ingreso del autor en la Real Academia de Bellas Artes de S.Carlos de Valencia, el 22 de Noviembre de 2016. Se recoge íntegro en el Anuario 2017 de la Academia.

Introducción

Este texto quiere romper una lanza por LA CIUDAD. En unos momentos en los que a menudo se la identifica la ciudad con el cemento, recogiendo los vientos del pasado ciclón inmobiliario; o se nos plantea huir de ella por su agresividad o incomodidad, o, simplemente, por volver a la Arcadia feliz, con la naturaleza. La ciudad está siempre unida a su entorno natural, pero está siempre viva, siempre es un lugar de encuentro, convivencia y acción; de progreso individual y colectivo.

En su evolución siempre ha habido audacia, creatividad, identificación social y en ello han tenido mucho que ver sus formas, su materialidad, sus calles y edificios, su perfil, su silueta, la memoria que tienen de ella sus gentes. Me interesa, obviamente, resaltar el papel que juega en ella el arquitecto, entendido en genérico, como experto, como artífice de la ciudad.

No hablaré de su historia, sino de su papel social y de su utilidad, de ser el lugar de progreso y belleza; de su formalización, pero no sólo de ella. Trataré de hacerlo no desde un urbanismo erudito y distante, sino militante y cercano. A ella quiero, hoy que tengo el honor de entrar en la Academia de S. Carlos, rendirle más que un elogio.

La ciudad en el tiempo

La ciudad es a la vivienda, lo que fue el campamento a la tienda o el monasterio a la ermita. Es la agrupación interesada de sus habitantes para cubrir necesidades imposibles de alcanzar individualmente, como el apoyo y la defensa mutua, el encuentro para intercambio de mercancías e ideas, la relación social para el conocimiento y aprendizaje; el contacto físico propio de la especie, la posibilidad de elección -desde la pareja hasta el trabajo-, la especialización, la mejora económica; la transmisión del saber y la cultura, la libertad frente a la servidumbre o el mismo acceso a la intervención pública para abordar retos colectivos. Son capacidades de la ciudad, cualidades que se contienen en el propio concepto de ciudad: simbiosis de lo público con lo privado, en un lugar y un espacio concretos.

Siempre ordenadamente por clases y gremios, se alojaban en tiempos pasados –y no lo olvidemos- controlados, los ciudadanos. Sus viviendas, miraban hacia adentro, a sus patios o jardines. Hasta la Revolución Francesa y la aparición de la burguesía, no se rompió el modelo de espacios servidores (calles y plazas) y espacios servidos (viviendas y propiedades privadas).

La nueva ciudad burguesa de finales del XIX se gusta a sí misma, establece Ensanches y construye edificios de viviendas con fachadas y miradores-mirando-afuera, a las calles y plazas,

que ya no son solo vías de acceso sino espacios públicos prolongación de las mismas. Los espacios públicos adquieren, así, un uso colectivo y un papel representativo de la cultura y talante político de sus habitantes, como señala Frampton.

De la mano de médicos higienistas y arquitectos, el movimiento moderno priorizó entre sus objetivos, la mejora de la vivienda: sus condiciones de salubridad, soleamiento y su dimensionado mínimo. Muchos arquitectos plantearon también una utópica visión de la ciudad industrial del siglo XX, sin más traza que el viario y una estructura de barrios y zonas según usos diferenciados. La doctrina moderna entra, pues, con fuerza en el ámbito privado, en la vivienda y la forma de vivir la ciudad.

Los grupos de viviendas fueron, con el tiempo una buena fuente de beneficios para su promoción privada. Hoy la reurbanización de muchas de estas áreas dormitorio sin alma, con sus espacios basura entre bloques, y el alojamiento de baja calidad construido entre los 50 y 70, son una herencia muy pesada de la utopía regeneracionista tan bien aprovechada por el sistema económico.

La renovación de la doctrina urbanística, propuesta por Rossi, Gregotti y Solà-Morales y otros a finales del XX, reintrodujo el aprecio al patrimonio histórico, a la ciudad ya construida, a la calle y a la plaza, a sus viejos habitantes, bajo un apelativo genérico que se llamaría “urbanismo urbano”. Se protegieron edificios, entornos y todo el tejido urbano de la ciudad histórica, para evitar su desaparición (poniendo fin a dudosas operaciones de renovación) y después para reutilizarlos.

Con la sociedad postindustrial se dispara aún más el proceso de urbanización; la ciudad se extiende y va englobando otros núcleos próximos con los que crea un sistema urbano sin límites precisos ni estables. Así, las ciudades intermedias, las del mundo rural, las Áreas Metropolitanas serán ciudades de hoy, con una identidad social y física tan policéntrica como diversa.

Otra herencia del movimiento moderno fue la elaboración obligada de Planes reguladores de las ciudades, ya no “Proyectos de Alineaciones” ni de trazas, nacidos del pensamiento socialdemócrata europeo, con el fin de ordenar y formalizar su futuro. Su trayectoria ha tenido pocos éxitos y muchos fracasos. Hoy la planificación urbana ha quedado en entredicho como ordenación general, como contenido propositivo o como compromiso de actuación pública y se ha refugiado en un papel muy administrativo de compilador de iniciativas dispersas y de garantía (mediante la clasificación del suelo) del mercado inmobiliario.

La práctica de estos últimos años de liberalización ha generado, finalmente, un planeamiento ocurrente y a la carta (PAIs y ATEs) que ha amparado propuestas de urbanización dónde y cómo ha querido su promotor. La fe en el urbanismo como ciencia y la planificación como herramienta, se ha perdido. Algunos arquitectos, de la mano de Solà de Morales, Panerai y Mangin, crearon, incluso, la figura del Proyecto urbano o territorial para abordar una intervención concreta con repercusión urbana, no un Plan.

La ciudad de hoy

La ciudad actual es diferente, quizá más igualitaria y potente, pero mucho más compleja y contradictoria. La ciudad de hoy es la nueva y la antigua, la grande y la chica, la que contiene barrios y vecinos diversos, la medieval, la burguesa y la de modernos grupos del extrarradio, la monumental, la de oficinas, la industrial; la de sus muchos edificios, calles y plazas. En ella se cobijan, trabajan, conviven, familias antiguas y nuevos habitantes, todos ellos tienen voz en una ciudad que se quiere democrática y a la que aportan su impulso a través de las elecciones, de reivindicaciones sociales, movimientos urbanos y, especialmente, de la participación pública.

La ciudad de hoy podría entenderse, así la llama Rowe, como una ciudad “collage”. Yo prefiero identificarla por “capas” de contenidos, superpuestos y variables en el espacio y en el tiempo. A pesar de su complejidad hay que decir que es más capaz y ofrece más oportunidades de trabajo, de formación y creación; y que sus habitantes son, en ellas, más libres que en las pequeñas del mundo rural.

En esta ciudad, sus ciudadanos, tienen, por último, menos raigambre en ella. Hay y habrá cada vez más cambios de vivienda, de puestos de trabajo y de lugares de estudio. Se vive un tiempo, unos años, en este u otro lugar y, de esta forma, la procedencia de sus habitantes es múltiple y la identificación con la ciudad o barrio, superficial. Coexisten modos y formas de vivir diversas. La inmigración y los refugiados, han traído nuevos ciudadanos ajenos a los significados urbanos tradicionales, pero que depositan en ella sus anhelos.

A esta ciudad de hoy, con muchas cajas negras que la hacen menos inteligible que la ciudad de siglos pasados, es a la que nos referimos. Por ello, la intervención deberá ser, de aquí en adelante, otra, más allá de la brillantez de sus trazas y formas a las que se refieren los manuales de historia.

En primer lugar, deberá hacerse con la participación de sus habitantes a la hora de definir programas y evaluar proyecto en una vía ya definida como “urbanismo participativo”, más que con protagonismos de autor o grupo; pero en el que siempre tiene que haber lugar para la creación, la propuesta proyectual, la definición adecuada de materiales de sus expertos.

En segundo lugar, la ciudad moderna, como parte de un sistema urbano más potente y capaz, debe apoyarse en dicho sistema. La eficacia y calidad de su organización espacial es clave y su accesibilidad, conexiones, complementariedad y solidaridad, son nuevos indicadores tanto de su potencia como de sus posibilidades.

La vuelta a un “urbanismo humanizado”, una nueva línea de trabajo que entre 1960 y 1970 preconizaron Lefebvre, Castells, Jacobs y Harvey, ha abierto otras formas de intervención más cercanas a sus habitantes. Las ciudades en este nuevo urbanismo no son solo lugares donde sucede la compraventa de sus piezas y la generación de suculentas plusvalías. El urbanismo debe de ser –así se plantea– más próximo, doméstico, donde los ciudadanos se sientan dueños en su barrio de su espacio público, su jardín, su plaza, su centro de salud, biblioteca o mercado y donde los espacios centrales de la ciudad o su paisaje y su entorno, sean símbolos de la ciudad entera.

Habrà que impulsar operaciones rentables socialmente, que no incrementen innecesariamente el consumo de recursos o alteren el propio soporte natural; acciones que dejen ciudades, como pide la ONU, “sostenibles, inclusivas, seguras y resilientes”; ni insalubres ni

polucionadas. Y, finalmente, que favorezcan la puesta en valor del patrimonio cultural y los signos o señales de su historia urbana. La Carta de Aalborg de las ciudades europeas, la Cumbre de Río, el Protocolo de Kioto o el reciente Acuerdo de París (implementado estos días en Marrakech), son hitos de esa nueva forma de entender el desarrollo urbano al que habrá que tener en cuenta aunque sea por meras razones de supervivencia. A día de hoy, esta nueva forma de hacer ciudad es muy incipiente.

Hay que dar un paso adelante hacia una nueva ciudad, una **“ciudad amable, capaz y bella”** y a la que, con Richard Rogers²¹, valoro por ser *una ciudad justa, bella, creativa, ecológica, que favorezca el contacto, compacta y policéntrica, una ciudad, en fin, diversa*. Una ciudad para la gente (Jan Ghel) y, aún más, no para el negocio (Brenner, P.Marcuse y Mayer).

Hacia esa ciudad

A nosotros, a los arquitectos, ingenieros, artistas, creadores, a los que nos interesa la ciudad, nos corresponde participar activamente en sus foros, en sus propuestas y en la más precisa definición de sus intervenciones. Incluso, quien lo desee, puede alinearse con alguna de las alternativas políticas que agrupan intereses y tienen formulada su propuesta urbana. No huyamos al campo, ni nos refugiemos en falsas torres de marfil considerando la ciudad como cosa ajena.

Hoy, con una planificación sin fuelle y, como decía en mi libro *“Urbanismo y crisis”*, que precisa reinventarse, nos debemos exigir la participación activa en el debate urbano. Cualquier formato es válido si aúna su gestión pública transparente y su viabilidad.

Reivindico la coexistencia de lo público con lo privado en la ciudad, dando a lo público el soporte democrático de una sociedad moderna. No defiendo la ciudad que se desarrolla sin más reglas que las del mercado. Ni en la ciudad segregada por usos del urbanismo racionalista. Ni la que proponen las alegremente bautizadas como supuestas “ciudades” (Ciudad de la Luz, Ciudad de la Justicia, Ciudad de las Artes y de las Ciencias) o los nuevos barrios y urbanizaciones privadas cerradas en las afueras (“Gated communities” o “Urbanizaciones enclaustradas”) que niegan la esencia de la ciudad, la permeabilidad social, la igualdad de oportunidades, la mezcla, la convivencia.

Yo quiero salir de casa y encontrar una ciudad amable, con gente con la que hablar o negociar alrededor de unas tazas de café en una terraza o en el interior de un bar. O para pasear perdiéndome por ella, callejeando, como moderno “flâneur” a lo Benjamin, redescubriendo “mi” ciudad. Una ciudad en la que encuentre aquéllas cosas que diariamente busco: desde panaderías a quioscos, cines y comercios, médicos y academias, salas de exposición y conciertos. Una ciudad con esquinas -como decía Solá-Morales- en las que tropiece y con bancos en los que pueda sentarme, o calles en las que andar y andar rodeado de gente. Una ciudad que me permita también la libertad de aislarme, sin intromisiones, en mis propios espacios de intimidad.

Estoy en contra de las actuaciones que conlleven la expulsión de la población habitual para ser sustituida por nuevos pobladores más poderosos o nuevas actividades más rentables (la llamada “gentrificación”). Aplaudo las ciudades que dispongan en sus propias tramas urbanas,

y no en el extrarradio, las piezas de interés común; que impulsen y pongan en valor los elementos de identidad colectiva que reconocen y aprecian sus ciudadanos. Aplaudo las ciudades e instituciones que promuevan vida urbana, premien el esfuerzo, la creatividad y la investigación, no teman al progreso; las que apuestan por mejorar las prestaciones técnicas para sus habitantes; por la movilidad, las telecomunicaciones y las nuevas tecnologías.

Y si nuestra intervención en otros temas es una responsabilidad más compartida y compleja, propongo nuestra intervención directa e inmediata en los campos más cercanos a nuestra preparación profesional, que son, a la vez -y lo vimos-, elementos básicos y razón de ser de la ciudad: intervenciones en la VIVIENDA, en el ESPACIO PÚBLICO y en su SOSTENIBILIDAD

a) intervención en la ciudad sostenible,

Ciudad sostenible, es un calificativo demasiado solemne que aquí reducimos a la ciudad que apuesta por la reutilización antes que por el derribo, la que no consume nuevo suelo si aún dispone del mismo, la que mantiene unas moderadas densidades de población y actividad, la que permite la vida al aire libre (en ella misma o muy cerca), la que mezcla sabiamente sus usos en ella para reducir trayectos superfluos, la que permite modos de transporte alternativos, la que se dota de energías renovables, la que mantiene una escala humana en sus calles y plazas, la que dispone de una serie de centros urbanos en sus barrios con servicios de proximidad y lugares de convivencia.

Hay un gran trabajo para formar a profesionales interesados en estas apuestas, alejadas de los brillantes proyectos de nuevos edificios públicos, tan aplaudidos y premiados.

Rehabilitación, reutilización, aprovechamiento de espacios, edificios y locales quizá con nuevos usos: es nuestro reto. Se puede hacer. Buenos ejemplos tenemos en la rehabilitación del Mercado de Colón y, desde hace más tiempo, en la apertura de la calle de la Paz.

b) intervenciones en la vivienda

Los textos sobre vivienda y sobre políticas de vivienda son muy numerosos en todos los países y también en el nuestro. El derecho a la “vivienda digna” es en España un derecho constitucional y se desarrolla en diversas leyes que obligan a disponer en ellas requisitos de calidad, al tiempo que se instrumentan Planes para su financiación. Está, incluso, en trámite en nuestra Comunidad, una nueva Ley que remarca su función social, centrada tanto en ampliar el parque público de viviendas como en evitar desahucios indiscriminados, lo que nos remite nuevamente a las carencias habituales de nuestro sistema urbano.

Ha sido muy intenso el esfuerzo profesional del pasado por estudiar la vivienda, pero este esfuerzo ha remitido en estos últimos años de bonanza económica y de apuesta por las arquitecturas de espectáculo. La vivienda es el origen y justificación de su cometido profesional y hoy tiene que volver a ser la preocupación fundamental de los arquitectos.

Hay que revisar las nuevas demandas de alojamiento, tanto del permanente como del temporal y del efímero. O el de emergencia social. Reclamar la intervención pública que posibilite fórmulas nuevas (o no tanto): con promociones de alquiler privadas, con viviendas para acoger en diferentes periodos a diferentes usuarios, con promociones públicas directas y un parque municipal importante, tan olvidadas en estos tiempos en España, con cooperativas,

“cohousing” o vivienda de propiedad compartida u otras fórmulas más adecuadas a las demandas actuales.

Con nuestra reflexión, además, los profesionales debemos participar en las actuaciones interesadas en detectar y resolver situaciones de hacinamiento, de viviendas infradotadas; de falta de accesibilidad, en fomentar concursos de ideas como laboratorios de investigación etc. que hacen amplísimo el campo de nuestra colaboración. Sabiendo, en todo caso, que no es en el campo técnico y profesional donde precisamente se encuentran sus actuales problemas.

c) intervenciones en el espacio público

El espacio público se ha transformado en el protagonista preferido de los arquitectos europeos de la última generación, con un gran número de publicaciones al respecto. Rogers piensa en la importancia del espacio público para las clases más desfavorecidas y los nuevos habitantes, que no disponen de espacio en el interior de sus propias viviendas y además mantienen su espíritu de colectividad.

Estudiar nuevas fórmulas de integración social, generar espacios de convivencia, es un buen objetivo. Generar en ellos calidad urbana no trivialidades, actividades asociativas, fiestas y competiciones deportivas, establecer fórmulas de gestión y mantenimiento con los vecinos, darles voz y voto en su planteamiento y programación.

En la ciudad amable que queremos conseguir, el espacio público es nuestra más fácil intervención profesional, dejando al paseante o peatón, al que lo utiliza para descansar, jugar o relacionarse, sus mejores zonas en plazas y calles; relegando al automóvil a su papel servidor –y no protagonista del mismo-, sin mermar su capacidad de acceso a viviendas y actividades.

La diversidad, la falta de raigambre de sus habitantes en la ciudad, hace –por otra parte- que cada vez sea más necesario procurar factores identitarios, hacer un esfuerzo para generar una identificación colectiva básica., un sentimiento de pertenencia. Se puede iniciar en estos mismos lugares de encuentro llevando el arte urbano a la calle, entablando diálogo con sus muros, solares y esquinas, que todos conocen. Valorando, además de su uso, su capacidad de comunicación o experimentación. Y se puede continuar el esfuerzo incorporando otras simbologías actuales que hagan compartir las realidades y sueños de sus destinatarios, despojándonos de prevenciones y miedos. Lo material, lo tangible, los edificios y singularmente sus fachadas y plantas bajas; los jardines, pavimentos, bancos y hasta farolas, son todos objetos de identidad colectiva que el arquitecto prescribe y lo debe hacer con una intención socializadora consciente.

Hoy, no podemos creer que la identificación con una ciudad sólo provenga de haber sido nuestro lugar de nacimiento o de nuestra historia familiar. Las tradiciones ayudan, pero nada más. Los nuevos medios de comunicación y publicidad hacen a muchos ciudadanos ver, como objetos deseables, ciudades desconocidas antes que los centros urbanos de los barrios o metrópolis donde residen. Convengamos que hay que enseñar su historia a los nuevos ciudadanos para que la conozcan y la hagan suya.

Como reflexión final

Nuestra destreza es el plano y el artificio. El arquitecto como creador de formas, como artista, pero también como proveedor de cobijo y de espacios para el hombre, constructor y técnico que sabe trabajar con el lugar, con la naturaleza, sin suplantarla ni anularla. Como persona que construye edificios y diseña ciudades.

El arquitecto (siempre como término genérico), como ciudadano, urbanita, que ama, por definición, la ciudad, que le duelen los errores que en ella se realizan como arañazos y es una persona formada para materializar el artificio creado por el hombre desde hace miles de años. A él mi llamada.

Todos tenemos derecho a la ciudad, a cumplir en ella nuestros sueños, a compartirlos con la ciudadanía.

A ella, A LA CIUDAD DEDICO MI ELOGIO, nuestro elogio, que no es solo reconocimiento de su pasado sino palanca de su futuro. A ella debemos dedicar nuestras reflexiones y propuestas, con nuestra personal y diversa habilidad y talento, como parte del compromiso ético de nuestro saber profesional.

Como decía Buckminster Fuller, en un vocabulario muy adecuado a lo hablado:

(en la ciudad) “estamos llamados a ser arquitectos del futuro, no sus víctimas”.